

EL OBLATO, SERVIDOR DEL PUEBLO DE DIOS

19 Octubre 1982 - Carta - Roma

Servidores del Pueblo de Dios. – Fidelidad. – Disponibilidad. – Sencillez. – Aliento del Papa.

L.J.C. et M.I.

El pasado 6 de agosto me escribía el P. Jean Paul Aubry, provincial de Manitoba-Keewatin. Iba a terminar su segundo período como provincial:

Doy gracias a Dios porque me ha dado luz y fortaleza para la tarea que he cumplido en nombre de la Congregación y por amor a ella y a su misión. En todo esto he querido servir a Dios y a Jesucristo. El Dueño de la Viña nos advierte que no olvidemos el servi inútiles sumus. Por lo demás, ha permitido que la enfermedad y una convalecencia que se prolonga me lo recuerden constantemente. No me preocupo demasiado por saber qué voy a hacer después. Dios tiene su calendario y mi indicará a su tiempo su voluntad.

El Padre moría repentinamente el 13 de agosto, y cuatro días después yo recibía en Roma su carta. Una carta que me hizo reflexionar bastante.

Servidores del Pueblo de Dios

Me traía a la mente varios textos del Fundador: "Oh, qué hermosa expresión la de San Pablo *Nos autem servos vestros per Iesum!* Esta expresión, un poco meditada, cierra el paso a toda murmuración. Jamás se siente uno tentado a decir: basta, y menos aún: es ya demasiado... (al P. Vincens, 2-6-59). "No perdamos de vista la hermosa frase de San Pablo: *Nos autem servos vestros per Iesum.* Con esto se soportan todas las dificultades y todas las penas" (Diario, 8-9-38)." Quienesquiera que seamos, somos servidores inútiles en la casa del Padre de familia. Nuestras acciones, nuestros servicios no tienen valor más que en cuanto hacemos lo que el Dueño nos pide" (Al P. Mille, 30-5-32).

Me hacía recordar sobre todo nuestra vocación en la Iglesia. Somos servidores de Cristo, servidores del Pueblo de Dios en Jesús y por Jesús.

Las numerosas celebraciones del 2º centenario del nacimiento de Eugenio de Mazenod, este año, las sesiones de estudio tenidas con esa ocasión en Ottawa y en Roma y la aprobación oficial de nuestras Constituciones el pasado 3 de julio, son otros tantos acontecimientos que han vuelto a poner ante nuestros ojos la riqueza y las exigencias de esa misión.

Del oblato, servidor del Evangelio ¿qué espera la Iglesia y qué espera el mundo?

Fidelidad

Esperan ante todo la fidelidad. En cierto sentido, nuestra misión es más grande que nosotros. La salvación que predicamos no viene de nosotros, viene de Dios.

"Nuestro Señor Jesucristo, en la plenitud de los tiempos, fue enviado por el Padre y colmado del Espíritu `para dar la Buena Noticia a los pobres... `Llamó a algunos discípulos a tomar parte en su misión.. Este fue el llamamiento que oyó el Beato Eugenio de Mazenod. Abrasado de amor a Cristo y a su Iglesia... decidió ser `el servidor y el sacerdote de los pobres'... "
(Proemio de las Constituc.)

En nosotros, la gente ve a Jesucristo y ve a la Iglesia. No espera una doctrina inventada por nosotros, sino la del Evangelio, que transmite la Iglesia. Del servidor de Cristo, del administrador de los misterios de Dios, lo que se pide, dice san Pablo "es que sea fiel" (1 Co 4, 1-2). Insistirá en esto especialmente en sus cartas a Timoteo. Sabemos cuanto alimentó su pensamiento en estas dos cartas Monseñor de Mazenod.

Fidelidad en la doctrina: "Los oblatos no temerán presentar con claridad las exigencias del

Evangelio y abrirán con audacia nuevos caminos para que el mensaje de salvación llegue a todos los hombres" (C 8) Lo hacen "en comunión con los pastores que el Señor ha puesto al frente de su pueblo y aceptan lealmente, con fe esclarecida, la enseñanza y las orientaciones de los sucesores de Pedro y de los Apóstoles" (C 6).

Fidelidad igualmente en la vida: "luchar hasta la muerte por la mayor gloria de su Nombre santísimo y adorable" (Prefacio). El buen servidor no abandona la lucha. Sabe en quién ha puesto su confianza. Su perseverancia tiene una función profética: es "signo de la fidelidad de Cristo al Padre" (C 29), y "estímulo para quienes han de luchar por mantenerse fieles" (R 13).

Disponibilidad

El buen servidor no vive para sí, es el hombre de los demás. La disponibilidad es uno de los valores esenciales de su vida. Por ella se apreciará habitualmente la profundidad del don de sí mismo. Para la supervivencia y el desarrollo de un cuerpo apostólico como el nuestro, la disponibilidad es indispensable.

En el último Capítulo recordaba yo la necesidad de esta virtud en cuanto a la aceptación de los cargos de autoridad en la Congregación. Pero ello no es menos cierto en lo concerniente a la misión apostólica del Instituto. Ante la Iglesia, es la Congregación quien se compromete en primer lugar. Siempre que se trata de obras de alguna importancia, los obispos piden, y con razón, que la Congregación se comprometa. "Cumplimos nuestra misión en y por la comunidad a la que pertenecemos" (C 37; cf. C 11 y R 1).

Esto supone que hay consulta y participación de todos respecto a la orientación de las actividades apostólicas (C 26, 72; R 1, 18, 19, 83); y que luego, una vez tomadas las decisiones, se da en todos un apoyo leal (C 26, 72) y total disponibilidad para cooperar a su realización (C 26; R 83).

A veces me pregunto si, en este campo, algunos responsables no subestiman la capacidad de servicio y la disponibilidad de sus hermanos. Tienen miedo de pedir un servicio que cuesta cuando precisamente sus hermanos desearían ese desafío. Hay oblatos que no darán nunca su entera medida, porque la Congregación no les habrá pedido bastante. Todos necesitamos que se nos desafíe para superarnos. Existe disponibilidad, pero necesitamos un desafío concreto y que se nos dé confianza.

Sencillez

Nuestro servicio no sería oblato si no se hiciera con sencillez. A menudo he escuchado, en ambientes no oblatos, por ejemplo en monasterios contemplativos, después de que un oblato del norte canadiense hubiera hablado de su trabajo, reflexiones como ésta:

"¡Es formidable Id que ha hecho, pero habla de ello como si no fuera nada, como si cualquiera hubiera hecho lo mismo!".

Yo pensaba espontáneamente en el dicho del Evangelio: "Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: Somos unos pobres siervos; hemos hecho lo que teníamos que hacer" (Le 17, 10). Pensaba también en el consejo de Blas Pascal: "Hacer las pequeñas cosas como si fueran grandes, a causa de la majestad de J.C. que las hace en nosotros y que vive nuestra vida; y las grandes como si fueran pequeñas y fáciles a causa de su omnipotencia" (Pensamientos, ed. Lafuma, n. 919).

Varios hermanos viven así su servicio apostólico. Ven de verdad su vocación como una llamada a cooperar con todo su ser en la obra de Jesucristo, a "continuar la gran obra de la redención de los hombres" (Al P. Tempier, 22-8-37). Por eso "se esfuerzan por reproducirle en la propia vida..., por dejarle vivir en sí mismos; se entregan obedientes al Padre, incluso hasta la muerte, y se ponen al servicio del Pueblo de Dios con amor desinteresado" (C 2).

Todas estas cualidades del buen servidor están presentes en nuestras Constituciones y Reglas. ¡Ojalá lo estén también, y cada día más, en cada uno de nosotros!

Aliento del Papa

Para terminar, permitidme resumir las palabras de Juan Pablo II a los oblatos el pasado 8 de septiembre.

Era el agradecimiento de la Iglesia a la Congregación: "Conozco, decía, la obra valiente y fructífera que vuestros hermanos han realizado... La Iglesia os lo agradece".

Era también el estímulo de la Iglesia: "Os animo a proseguir la evangelización que requiere nuestra época, con el celo del beato Fundador, Monseñor de Mazenod, nacido hace 200 años".

Era, finalmente, una petición y un deseo: "¡Que, por vosotros, llegue la Palabra de Dios hasta los confines de la tierra, y penetre hasta el fondo en los corazones y las mentalidades!"

Os deseo a todos felices Navidades y santo año 1983. ¡Sed en todas partes auténticos testigos y servidores del Evangelio, a ejemplo del Beato Eugenio de Mazenod!